

## CAPÍTULO V

---

La opinión médica del Dr. Stanley respecto a la precaria salud del Padre Kruger era muy poco esperanzadora, el viejo sacerdote había sufrido de un infarto severo hacia pocos años, se le envió a una casa de reposo en Estados Unidos por varios meses, no obstante, él solicitó vehementemente de nuevo su reincorporación, petición que le fue concedida bajo la condición de que sería temporal, mientras lograban establecer un nuevo equipo de trabajo para la región, luego debería regresar lo más pronto posible, para tramitar su retiro definitivo de la labor pastoral y misionera. La llegada del padre Xaba era también para coadyuvar en la preparación de quien pudiera asumir la dirección para acelerar el retiro del padre Kruger. La esperanza estaba puesta en Samuel Fox y en Patrick, y solo se trataba de darles tiempo a los jóvenes frailes para conocer el programa e inmiscuirse en los asuntos administrativos de la Cofradía, así como conseguir liderar al equipo de trabajo formada por el resto de los laicos servidores.

Patrick estaba en el dormitorio del padre Kruger esa mañana, cuando el padre Xaba llegó a la habitación; su semblante amable, que mucho lo caracterizaba, infundía en todos confianza y seguridad, pero también, a pesar de su edad, gozaba de agudeza mental e intuición y sabiduría inconmensurable. Desde su reciente arribo, había estado dedicado a revisar las finanzas, así como los programas de apoyo a la comunidad, pero, sobre todo, buscaba estar enterado del desempeño de cada uno de los hermanos Jesuitas y sobre todo el estado emocional y espiritual de ellos. Entró con sigilo, saludando con su habitual manera de cruzar sus brazos, abrazándose a sí mismo e inclinándose ante las personas. —Me alegro Padre por su mejoría, su semblante es muy bueno y se le ve con energía. Estoy seguro de que muy pronto el doctor Stanley lo dará de alta, pero no olvide que tendrá que seguir sus indicaciones al pie de la letra para recuperarse completamente.

—¡Sí, sí Patrick, ya lo sé! Reposo, buena alimentación, nada de ajetreos, pero yo me pregunto si le podré seguir sirviendo a Dios siendo tan inútil como ahora.

—No diga eso Padre, usted nos es sumamente necesario, además, la presencia de nuestro querido padre Xaba nos fortalece y usted puede dejar de preocuparse tanto por todo lo que atañe a la comunidad pues, con él al frente, todo marchará adecuadamente, ¿cierto padre Xaba?

—Así lo deseo Patrick; por ahora debemos dejar descansar al padre —sonrió y con la mirada le señaló que salieran de la habitación. — —Venga conmigo hermano, quiero que hablemos— Ambos se despidieron del enfermo, bajaron las escaleras, dirigiéndose a la sala de juntas. Los dos sentían cierta tensión, se conocían tan bien... En especial, para el padre Xaba, Patrick siempre había sido un libro abierto, fácil de leer, pero en esta ocasión, le llamó mucho la atención el estado de excitación que el joven no podía ocultar; sabía de su carácter intrépido, muestra de ello, era el hecho de haber ocultado la presencia de Nelson y Willy a las autoridades, pero a la vez, conocía la avocación profundamente espiritual y de servicio que lo caracterizaba.

—Querido Patrick, te noto algo extraño, no sé... ¿Tienes alguna noticia que darme, algo que te inquiete? Cuéntame, ¿cómo van tus proyectos?

Realmente Patrick no quería inquietar al Padre Xaba y optó por no decirle sobre la visita planeada a la bodega donde se reunían los vagos del sector.

—Todo va bien... tomando forma —Sonrió discretamente, deseando evitar que su superior siguiera cuestionando—El grupo de jóvenes crece y sigue integrándose a los programas que tenemos. Respecto a mi estado de ánimo, pues no sé..., me inunda una sensación extraña a la que verdaderamente no le encuentro motivo especial. ¡Pero fíjese Padre, asómese por la ventana! Hay un sol radiante y un viento suave que invita a salir ¿no es cierto? le pediré a alguno de los muchachos que venga por el padre Kruger y lo saque un rato a tomar el sol, ¿le parece?

—Buena idea jovencito, le hará bien salir un poco de esa cama; pero dime sobre tus planes para hoy...

Entiendo que piensas a acompañar al hermano Samuel para adquirir lo víveres, te recuerdo pasar por la central de correos pues estamos esperando correspondencia importante—

—Por supuesto, no hay problema, llegaremos por el correo. Wenda irá con nosotros también... si usted no tiene algún inconveniente—

—Por supuesto que no, solo les pido que tengan mucho cuidado, recuerda que el ambiente social está muy revuelto y es importante tomar precauciones siempre. Cerca de 15,000 estudiantes sudafricanos se reunieron en el distrito de SOWETO (South Western Township), a las afueras de Johannesburgo para participar en la marcha contra el Apartheid y el decreto del idioma afrikáans. El principal motivo de la movilización fue la oposición al violento régimen racista que rige en el país africano. Lo que debió ser una manifestación pacífica acabó convirtiéndose en una sangrienta masacre, donde centenares de estudiantes perdieron la vida, pese a que el Gobierno tan sólo informó de poco más de una veintena de víctimas. De acuerdo con el informe levantado por las autoridades policiales la acción dejó un saldo de veintitrés víctimas. En realidad, quinientos sesenta y seis estudiantes resultaron masacrados. Hay muchos grupos que luchan contra el Apartheid, como el Consejo Nacional Africano, y aunque su principal líder, el abogado Nelson Mandela sigue preso, sus seguidores continúan luchando. Ciertamente ha habido algunas reformas, como la de permitir a la organización de sindicatos negros participar en algunas actividades políticas, y supuestamente se ha suprimido el uso del carné de pase para trasladarse, pues, como ya te habrán contado, todo negro estaba obligado permanentemente a llevar ese permiso. En fin, ha habido y seguramente vendrán otros cambios favorables, que conllevarán al establecimiento de la democracia y al verdadero ejercicio de los derechos humanos. Dios sabe hasta cuándo veremos un país democrático, donde todos gocemos de las garantías individuales a las que tenemos derecho como humanos. ¡Lastimosamente sigue la escalada de violencia procedente de todos los grupos sociales y gubernamentales, por ello te ruego prudencia hijo, prudencia!

Patrick lo escuchó atento y a la vez, sorprendido de la terrible situación hostil que sigue viviendo su país. - —Tomaré muy en cuenta sus consejos, se lo aseguro nuestro Padre. ¿Me da su bendición? - Patrick se arrodilló frente a él para ser santiguado y bendecido.

Conduciendo la vieja camioneta de la Congregación, los jóvenes emprendieron el camino rumbo al centro de Johannesburgo; la joven Wenda acompañaba a Patrick en el asiento delantero, ambos comentaban sobre los avances en el curso de catecismo; Samuel Fox, ensimismado en sus pensamientos, observaba el camino, sin intervenir en la conversación.

—La Providencia nos acompaña, miren qué pronto encontré dónde estacionarnos. Estamos en muy buen lugar pues nos queda cerca las oficinas postales y el mercado —Bajaron de la camioneta con prudencia.

—Creo que hay más gente de la de costumbre, ¿no lo cree así, Samuel?

—Sí. Parece que hay una manifestación o algo parecido, muchas personas deambulan en las calles, noté varios grupos llegando a la ciudad. Creo que debemos apurarnos, de otra forma se nos dificultará mucho salir de aquí

Patrick se detuvo a cerrar la camioneta, para luego alcanzar a Samuel y Wenda que se adelantaron para entrar al edificio postal. Los diversos comentarios que escuchaban de transeúntes, respecto al amotinamiento de policías y el alboroto en general, los empezó a inquietar, pero siguieron adelante. Patrick abrió la portezuela de la caja de correos, sacó de ella la escasa correspondencia y la cerró nuevamente.

—Hay una carta del Diócesis de Los Ángeles que está dirigida al Padre Kruger, ojalá sean buenas noticias y recibamos pronto la ayuda económica que tanto estamos necesitando.

Patrick se guardó la carta en el bolsillo de su saco, junto con el resto del correo, después tomó el camino hacia la salida. Wenda iba pensativa, callada, no quería opinar en presencia del hermano Samuel, ciertamente le temía, le incomodaba su actitud tan seria; sin embargo, se sentía tranquila con

la presencia de Patrick. Salieron del edificio para encaminarse al mercado cuando, de pronto, se percataron de que un grupo innumerable de personas de color, avanzaban sobre la acera, como una avalancha que los alcanzó; estaban armados con palos y piedras, corrían desaforados rumbo al mercado, lanzaban consignas y vociferaban maldiciones y amenazas —¡Nos vengaremos, nos vengaremos de ustedes blancos malditos, nos cobraremos sus infamias, pagarán muy caro su soberbia y sus abusos, haremos justicia!— En un instante, Patrick perdió de vista a Samuel y a Wenda, se vio en medio de la multitud, que lo empujaba sin control calle abajo. Súbitamente cayó al suelo, siendo pisoteado por algunos desaforados. Impulsado por el susto y el desconcierto, logró deslizarse por el suelo, hasta guarecerse detrás de los estantes de madera derribados sobre la banqueta de un local comercial ubicado al término de la calle. Luego de algunos instantes, aunque tembloroso, logró ponerse de pie. Recordó a Wenda y a Samuel, pero al ver hacia el mercado, notó que era imposible volver allí, entonces pensó en acercarse a la cuadra donde había estacionado la camioneta, tenía la esperanza de que ellos hubieran podido escapar de la multitud y que estuvieran esperándolo allí. Se deslizó sobre la pared y tropezando con la gente, logró cruzar la calle, al dar vuelta en la siguiente esquina, se detuvo aterrorizado; allí estaban una decena de jóvenes negros, rodeando el cuerpo de una mujer blanca que yacía aparentemente desmayada en el piso. Espantado observaba cómo estaban lapidando con saña a aquella mujer indefensa.

—¡Oh, Dios mío! —Gritó cubriéndose el rostro con las manos. No quería ver aquella atrocidad. ¡La mujer blanca estaba agonizante, ensangrentada, destrozada y desfigurada! Después de unos instantes, la turba huyó del lugar al sentirse descubierta. Patrick se acercó lentamente al cuerpo inerte de aquella mujer, se sostuvo de la pared, asqueado e impotente; fue entonces que escuchó un sollozo agudo, proveniente del interior del edificio situado a sus espaldas que, al parecer, estaba abandonado. Cautelosamente entró y para mayor sorpresa, encontró a otra mujer blanca también salvajemente golpeada, semidesnuda y con el rostro ensangrentado, tiritando de miedo, quien, al verlo, con el poco

aliento que le quedaba comenzó a suplicar. - —¡No, no por favor, no me haga más daño, no me mate!  
—¡Cálmese por Dios, no voy a lastimarla!

Cuando Patrick se acercó, ella perdió el sentido. —¡Dios mío!, ¿qué hago? — Por las calles, la gente corría, gritaba y todo aquello era un caos. El joven e inexperto fraile estaba aturdido, perplejo y sumamente atemorizado; su casi nula experiencia con la problemática política y social, no le permitía razonar con elocuencia. Abruptamente se enfrentaba a la realidad violenta y desafiante de una sociedad marginada y abusada, le era inverosímil entender el salvaje proceder del ser humano que, enardecido por sus bajas pasiones, era capaz de tanta crueldad; personas que vagan en el mundo con su espíritu inerte, sin alma, guerreando en su interior con sus propios demonios, sin saber, o no querer creer, que el ser humano tiene la capacidad de encontrar soluciones sin violentar a nada ni a nadie. Patrick empezó a rezar en voz alta, en un intento de amansar sus instintos, por volver en sí y actuar.

Samuel había tomado de la mano a Wenda; ambos corrían dentro de los pasillos del mercado en su intrépida huida. Él advirtió que un grupo de hombres armados se acercaba, fue entonces que tomó a Wenda de la cintura y tirándola al suelo con él, se guarnecieron debajo de uno de los contenedores de verduras que había en el corredor, rodando hasta el fondo para ocultarse y protegerse.

—¡Guarda silencio Wenda, no te pasará nada, yo estoy aquí para protegerte pequeña! —Le susurró a la chica, al tiempo que le tapaba la boca con la mano, pues la chica no dejaba de gritar.

Wenda estaba aterrorizada y escondió su rostro en el pecho del Samuel. Los minutos les parecían horas. Podían escuchar los sonidos ensordecedores de las sirenas de las ambulancias y los autos policíacos, los gritos y el correr desenfrenado de innumerables personas aterradas que huían; apenas alcanzaba a mirar sus veloces pisadas a través del escondite encontrado en el mercado

Entre tanto, unas nubes de polvo advertían la llegada de un vehículo que circulaba a gran velocidad y que se detuvo abruptamente frente a la mirada de Nelson, quien deambulaba por los jardines a esas horas. Nelson pudo distinguir la camioneta, azorado vio bajar a Patrick herido y titubeante. Corrió a

asistirlo.

—¡Patrick, ¡qué ha sucedido, viene herido!

—¡Ayúdame, Nelson, traigo a una persona lesionada en la camioneta, está inconsciente, vamos a meterla a la clínica, ayúdame, apúrale!

—¡Usted también está herido Patrick! —Nelson llamaba a gritos al doctor Stanley, mientras Patrick y Nelson colocaron en una de las camas de la clínica a la joven mujer que seguía inconsciente. El rostro de Patrick estaba bañado de sangre, también sus manos, sus ropas estaban manchadas; al igual que la infortunada mujer que había sido salvajemente golpeada.

—¡Dios mío! - Exclamó el doctor Stanley – —¿Qué sucedió?

—¡Un estampido de violencia, una masacre doctor, aquello era el infierno mismo! Por favor, atienda a esta pobre mujer, viene muy mal herida. Lo peor de todo, lo terrible, es que no encontré a Wenda ni a Samuel, nos perdimos al salir del edificio de correos; fuimos embestidos por cientos de manifestantes en el centro de Johannesburgo. ¡Oh, Señor Jesús y aquella pobre mujer masacrada por la turba de salvajes!

—¿Masacrada?, ¿cuál mujer?... ¿esta mujer?

—¡No, claro que no!, hablo de otra mujer que también estaba en el lugar, pero agonizante...murió frente a mí, ¡no pude hacer nada por ella. A la única que encontré con vida es a esta joven; como pude la cargué hasta la camioneta, no se me ocurrió otra cosa que traerla a nuestra clínica; en Johannesburgo todo es un gran desorden, ¡un campo de batalla! ¡Revísela doctor, aún vive, creo que aún vive!

—¡Nelson, llévate a Patrick a la sala de curaciones y llama inmediatamente a dos de las enfermeras, díles que preparen la máquina de rayos X, muévete muchacho, anda!

—¡Sí doctor, inmediatamente!

Las súplicas insistentes de Nelson para conducir la camioneta y llevar al padre Xaba y Willy a buscar a Samuel y a Wenda, en los diversos centros hospitalarios de la ciudad, no convencieron a nadie;

obviamente no querían más problemas de los que ya tenían, así que condujo Enam, enfermero voluntario en la clínica que se ofreció de inmediato a ayudar. En la Congregación se respiraba un clima de verdadera preocupación y desasosiego, debido a las terribles noticias que les estaban llegando a través del radio y la televisión, el suceso ocupaba la programación en los distintos medios informativos en todo el país; se hablaba de varios muertos y heridos, así como cientos de desaparecidos. Miembros del ejército intervinieron en el enfrentamiento racial, se comentaba que un grupo de zulúes habían iniciado el violento suceso. Se especulaba sobre una posible venganza perpetrada por ellos, a raíz del allanamiento que la policía les hizo en algunos homelands, semanas atrás, donde inclusive habían asesinado a varias personas, miembros de una familia completa de zulúes. En la Comunidad Jesuita nadie encontraba paz, especialmente el padre Kruger, a quien algunos de los voluntarios trataban de tranquilizar. Nelson iba y venía de la clínica a la oficina con el afán de ayudar. Vigilante y ansioso, permanecía despierto junto a los demás, esperando noticias de los desaparecidos; por primera vez, se sentía miembro de una familia donde, unidos por el dolor, suplicaban por las vidas de sus seres queridos a través de las oraciones. El doctor Stanley irrumpió en la recepción de la clínica donde Patrick y el padre Kruger esperaban alguna noticia; llevaba consigo los exámenes realizados a la mujer.

—Espero en Dios que esta muchacha se salve —comentó el Dr. Stanley — tiene derrames internos y le han roto varias costillas, además de la pierna derecha; afortunadamente su respiración es normal y hemos podido estabilizar sus signos vitales. A pesar de los golpes internos, todo parece indicar que no hubo daños severos en ninguno de sus órganos. Tendrá que permanecer en cama largo tiempo y bajo vigilancia médica. Respecto a ti Patrick, solo tienes una herida superficial en la cabeza y desde luego varios golpes en tu cuerpo, pero nada de consideración que ponga en peligro tu vida. Ve con la enfermera a que te haga las curaciones pertinentes, ¡anda!

El doctor se dirigió al Padre Kruger, quien estaba en su silla de ruedas —¿Aún no llegan verdad?

—No, aún no. Es angustiante no saber nada de ellos, el Padre Xaba y Willy todavía no se comunican y mire la hora que es. ¡Pasadas las tres de la madrugada! El doctor Stanley no quiso marcharse a su casa, a pesar del cansancio acumulado; los espejuelos que normalmente usaba se habían averiado con el ajetreo, rodaban por su aguileña nariz constantemente, pero no se los quitó; no podía enfocar sin ellos.

Patrick estaba de rodillas frente a la cama donde aquella joven mujer dormía. Aun consternado por todo lo sucedido, oraba en silencio, intentando serenarse. Tenía tantas preguntas y ninguna respuesta. Por primera vez se enfrentaba a la violencia y al odio frente a frente. Empezaba a vivir en el mundo de las pasiones desenfrenadas del ser humano; entraba súbitamente al camino torcido, y aparentemente inquebrantable, del racismo y la discriminación. Los quejidos de la mujer lo sacaron de la meditación. Se puso de pie, se le acercó para tocarle la frente. ¡Ardía en calentura! Ella abrió sus ojos azules lánguidamente y al ver a aquel hombre negro tan cerca empezó a gritar.

—¡No, no me toque, aléjese de mí, no me toque! Su inglés era americano.

—¡Cálmese por Dios, no le haré daño, por favor serénese, aquí está segura! —Patrick le tomó las manos, pero ella se soltó bruscamente. Quejándose de dolor, intentó moverse sin lograrlo.

—¡Oh, me duele, me duele mucho todo el cuerpo, la cabeza...! —cuando ella vio al doctor Stanley, se sintió segura, porque el doctor era de tez blanca y eso parecía una garantía para ella, entonces extendió la mano en busca de ayuda.

—¡Por favor, usted, usted!... no se separe de mí, ¡me quieren hacer daño y estoy aterrada! —¡Dígale a ese hombre que se vaya, no quiero tenerlo cerca, no quiero verlo! ¡no quiero!

El doctor miró de reojo a Patrick y le sugirió en un gesto amigable que saliera de la habitación — ¡Cálmese muchachita, aquí está segura! ¿Cómo se llama?

—Me llamo...— Melisa pensó en responder con la verdad, pero no quería más preguntas.

—¿Dónde estoy?

—Está en la clínica de La Congregación Jesuita. El fraile Patrick Vertroue la trajo hasta acá porque la encontró herida en el área central de Johannesburgo. Su estado de salud es muy delicado, tiene rotas algunas costillas, también tuve que operar su pierna derecha porque estaba fracturada; afortunadamente la pude arreglar pero es preferible que no intente moverse porque se lastimará, tendrá que durar algunas semanas con el yeso y el vendaje en su torso que le he colocado para inmovilizarla, es la única forma de que sus costillas sanen. Yo soy el doctor Stanley, presto mis servicios en este lugar; le aseguro que se encuentra en buenas manos.